

Índice

1ª edición: junio 2012
2ª edición: septiembre 2012

© 2012, Juan Villar Ferrer
© 2012, de esta edición, TEMPORAE
C/ Arenal, 21
28013 Madrid
Telf.: 91 230 58 80/90
Fax: 91 542 58 89
E-mail: info@temporae.es
<http://www.temporae.es>

Diseño de cubierta: Javier Fernández Lizán
Cartografía: Rafael Sanz
Maquetación: Pura Portero Azorín

ISBN: 978-84-940432-7-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Agradecimientos	10
Presentación	11
El fotógrafo: José Villar Martelo	13
La fotografía estereoscópica	23
Un paseo por La Coruña de hace un siglo	29
1904. Hundimiento del <i>Diligent</i>	139
1906. Fiestas de la ciudad	153
1908. Entierro de Curros Enríquez	167
1909. Visita de Alfonso XIII	179
1911. Primer vuelo sobre La Coruña	195
Epílogo	211
Bibliografía	213

*A Almudena, mi mujer...
me faltan las palabras para decirle
cuánto la quiero.*

Este libro es el resultado del esfuerzo de muchas personas. Me gustaría dar las gracias a mi *avia*, Rosario Pagés, por quererme tanto y haberme inculcado su pasión por los relatos y la lectura. A mis padres, hermanos y sobrinos, en especial a nuestro ahijado Pablo, que aún es demasiado pequeño, pero que espero que algún día lea este libro. A la hemeroteca de *La Voz de Galicia*, y en particular a Ignacio Blanco, por haberme facilitado numerosos datos. A María Dolores Prieto, memoria viva de una época, que de pequeño me daba veinte duros cuando le ayudaba a subir la compra a la casa de mi abuelo, y que ha compartido conmigo sus vivencias de otros tiempos. A Perillo, Carmela y los empleados de la farmacia y la droguería Villar, que me han visto crecer. A Leandro de Gabriel, de la editorial Tempora, con quien espero compartir futuros proyectos. Y a mi bisabuelo, al que no llegué a conocer, pero al que en muchos momentos, descubriendo imágenes fascinantes de hace cien años, he sentido como alguien cercano.

Y a ti, lector, por tu interés en recordar cómo era La Coruña en otra época.

A todos vosotros, muchas gracias.

Juan Villar Ferrer

En 1935, con solo once años de edad, comencé a trabajar a las órdenes de don Ángel Blanco Boedo, que había decidido montar su propio negocio de fotografía tras haber aprendido el oficio siendo empleado de don José Villar.

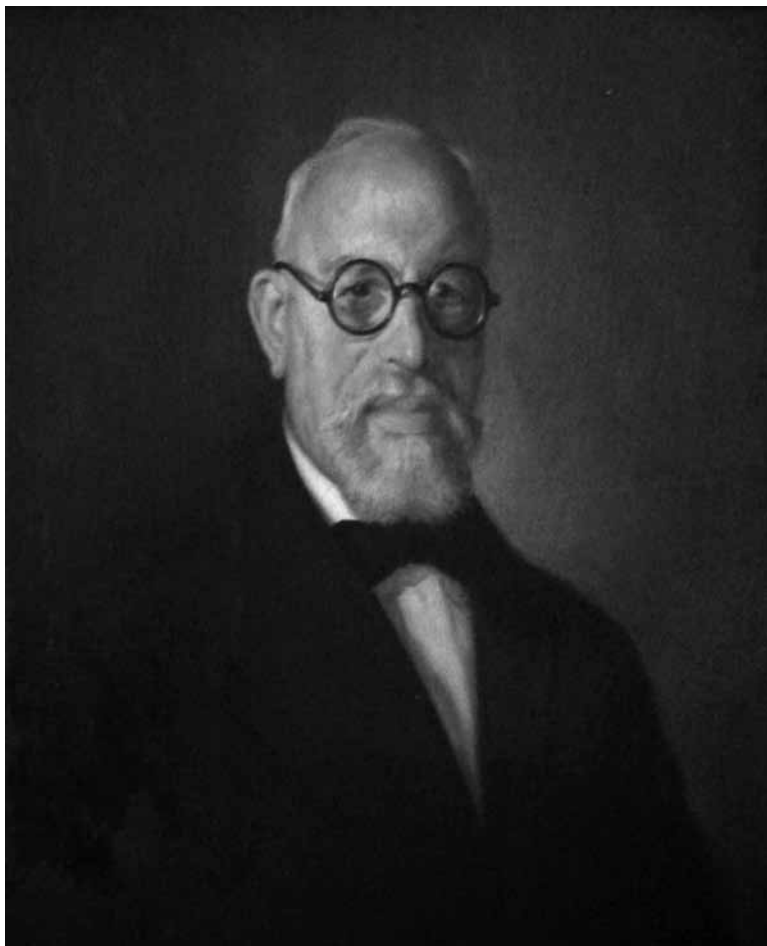
Recuerdo a don José, siempre tan elegante, con su barba, luciendo en ocasiones una pajarita. También recuerdo los escaparates de la perfumería Villar, que regentaba su hija mayor, y que eran los más elegantes de la ciudad. Su nieto mayor, Fernando Villamil, se contaba entre mi círculo de amistades.

Era otra época, cuando las casas no tenían timbre y todo el mundo se conocía. Una época en que el proceso de la fotografía era completamente artesanal, y en ausencia de luz había que utilizar un flash de magnesio que causaba una gran humareda, por lo que solo tenías una oportunidad para disparar y captar el momento adecuado.

Y aunque las imágenes que nos acompañan se realizaron antes de mi nacimiento, agradezco de corazón la invitación de Juan Villar para realizar esta presentación, en un lugar en el que siempre me he sentido muy cómodo: entre fotografías.

Alberto Martí Villardefrancos
Fotógrafo nacido en 1922,
Premio Nacional de Fotografía en 1960

Extracto de su discurso en la inauguración de la exposición *La Coruña: lugares y acontecimientos de hace un siglo*, realizada en el aula cultural de la librería Arenas el 23 de agosto de 2012.

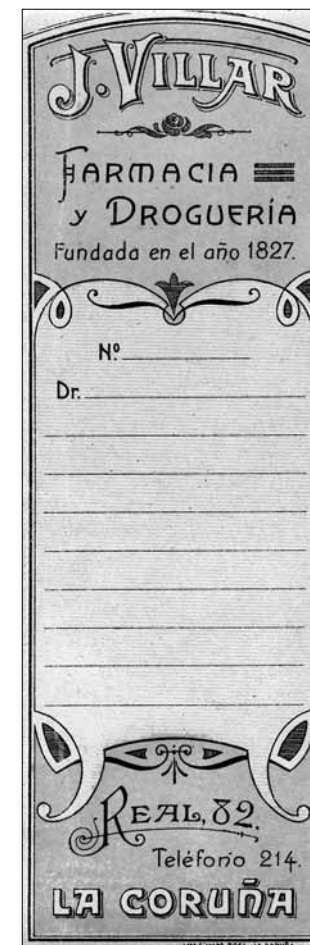


José Villar Martelo (1873-1951).

El fotógrafo: José Villar Martelo

Los coruñeses que conocieron a José Villar Martelo (y eran la mayoría) se habrían referido a él como don Pepe, el boticario de la farmacia Villar. Era de estatura media, sonrisa fácil y ojos castaños, y a simple vista se percibía que era ligeramente bizco, por lo que sobre su nariz llamaban la atención unos curiosos anteojos redondos. Siempre mostraba una barba de chivo perfectamente recortada, y su atuendo habitual era un traje oscuro (de lana Manchester en invierno) con camisa blanca, realzado con una pajarita negra. En cuanto al calzado, unas buenas botas de cuero. Era frecuente ver, colgado de su hombro, un estuche que albergaba en su interior una extraña cámara de fotos de doble objetivo.

Para contactar con él, la primera opción era acudir a la farmacia Villar, en el número 82 de la calle Real. Nada más entrar, a la derecha, oculto tras un escritorio, José repasaba las cuentas del negocio y controlaba el trato que sus empleados ofrecían a los clientes. Si el escritorio estaba vacío, debían dirigirse a la tienda de fotografía Villar, en el portal contiguo. O a la droguería Villar, situada en la calle trasera, la calle Olmos. Don Pepe dirigía los tres negocios. De ellos, englobados todos en la compañía Sucesores de J. Villar, la farmacia era el negocio original. Su abuelo, que también se llamaba José, le había pasado el testigo a su padre, don Juan, y este a él, la tercera generación. Si don Pepe no estaba regentando sus establecimientos, la mejor opción para encontrarlo era acercarse hasta el Obelisco. A media mañana, todos los días, cogía el tranvía en esa parada y, mientras esperaba, deslizaba la mano en el bolsillo de su chaqueta para, con un guiño, repartir algunas gominolas medicinales de menta entre los niños que esperaban junto a él. Los pequeños sonreían felices ante un pequeño lujo que la mayor parte de los coruñeses no se podía permitir. Se apeaba en la calle Comandante Barja y se sentaba en un café en el que leía el ABC y saludaba a sus nietos, que jugaban en la terraza. Cuando el tranvía terminaba el recorrido y





Puente de Brooklyn, Nueva York.

daba la vuelta, don Pepe volvía a cogerlo hasta el Obelisco. Todos los días.

Si no estaba cuidando de sus negocios, ni había ido a ver a sus nietos, es posible que se encontrase en la Sociedad Filarmónica, de la que era presidente. O quizás se había embarcado en uno de sus viajes al extranjero: Francia, Italia, Suiza, e incluso se decía que había estado en Uruguay y hasta en Nueva York. Pero para contar su historia será mejor comenzar por el principio, así que comenzaré por su nacimiento. Su madre, doña Emeteria, le dio a luz el 4 de diciembre de 1873 en el primer piso de la calle Real, número 82.

El feliz padre, don Juan, regentaba la farmacia Villar. Había sido el único hijo varón de don José Villar y Vázquez, procedente de Betanzos, que la había fundado en 1827.

Don Juan era profundamente religioso y monárquico, y junto al médico, el banquero y el alcalde era una de las fuerzas vivas de La Coruña. En la rebotica eran frecuentes las tertulias en las que diferentes personalidades de la ciudad discutían acerca de política, de los últimos adelantos científicos, o de cualquier tema con suficiente importancia. Poco se sabe acerca de la niñez y juventud de José Villar Martelo, aunque es probable que cursase sus estudios en el colegio Dequidt. Sabemos que en su grupo de amigos de la infancia se contaba al pintor Francisco Llorens, al que dedicó una serie de diez fotografías a su vuelta de un viaje de aprendizaje a Roma. Además, una tradición familiar permite contemplar, en el despacho

de la farmacia Villar, el retrato de cada uno de los farmacéuticos, y debajo de ellos, los títulos universitarios correspondientes a sus licenciaturas. El retrato de don Juan, padre de José, presenta en su margen inferior izquierdo la firma de Francisco Llorens. Conocemos, por historias familiares, que tenía cuatro hermanas, de las que una falleció joven, por lo que solo han llegado hasta nosotros los nombres de las otras tres: María, Antonia y Elvira. José se licenció con sobresaliente en la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela en junio de 1894, cuando tenía veinte años. Parte de sus libros de texto estaban escritos en latín y en francés, por lo que deduzco que dominaba ambos idiomas. Juan, su padre, había fallecido pocos meses antes de su licenciatura y, como era costumbre en la época, todas las tierras, joyas y posesiones materiales se distribuyeron entre las tres hijas. Al hijo varón, al que se le habían dado estudios, le correspondía llevar el negocio familiar, pero los beneficios o las pérdidas debía repartirlos con sus hermanas.

Esos primeros años estuvieron muy marcados por la Guerra de Cuba. La Coruña era puerto de embarque de las tropas españolas hacia la isla caribeña en la que los cubanos luchaban por su independencia. Entre 1895 y 1898 más de veinte mil repatriados, con heridas de diversa consideración y afectados por enfermedades tropicales, habían desembarcado para su recuperación en la ciudad.



Llegada de Francisco Llorens de Roma.



Exposición Universal de París,
año 1900.

Cuando el Hospital Militar resultó insuficiente, se establecieron salas accesorias en el parque y maestranza de Artillería, así como en el cuartel de Alfonso XII (actual cuartel de Atocha). Incluso se hizo necesaria la creación de un sanatorio en el Camino Nuevo (actual Juan Flórez), que fue sufragado por suscripción popular. La pérdida de la última colonia española en ultramar supuso que el ánimo de

toda la población se ensombreciera. Además, significó un varapalo para el comercio, ya que la ruta comercial La Habana-La Coruña era cubierta por varias compañías. En esos años difíciles José Villar se casó con Matilde Cabo Perfumo, compañera inseparable y paciente esposa, de la que las historias familiares cuentan que, frente al derroche de vitalidad de su marido, solía permanecer en un segundo plano. Era de apariencia delicada, y padecía lo que en la familia Villar se comenzó a llamar «mal de maleta», es decir, no era aficionada a viajar, y le hubiese gustado permanecer tranquilamente en su casa en vez de realizar los continuos viajes y excursiones en los que acompañaba a su esposo. El año 1900 supuso un gran cambio en su trayectoria, tanto profesional como personal, cuando la pareja viajó a la Exposición Universal de París. Esta, que se celebró entre el 15 de abril y el 12 de noviembre, fue visitada por más de 50 millones de personas. Era el escaparate de todos los países que buscaban inversión extranjera y turismo, pero también era el punto de encuentro del conocimiento. Inventores de todo el mundo competían por hacerse con las medallas ofrecidas en las distintas categorías. La exposición ocupaba dos zonas de más de cien hectáreas cada una. La primera, en el Campo de Marte, en el bosque de los Inválidos y en las orillas del Sena, en la que se encontraban los pabellones internacionales. La segunda, en el bosque de Vincennes, donde estaban las casas de los trabajadores, era en la que se mostraban los últimos avances en materias como la agricultura y el ferrocarril, y donde se realizaban los concursos deportivos. En uno de los pabellones de la exposición se exhibían los avances en fotografía realizados por Jules Richard, un inventor parisino que había perfeccionado la técnica de la estereoscopia (actualmente conocida como 3D), mediante una cámara, a la que había puesto el nombre de Verascope y un visor llamado Taxiphote, necesario para que el efecto tridimensional de las imágenes fuese efectivo.

José Villar se quedó fascinado con la fotografía estereoscópica, así que adquirió tanto la cámara como el visor, que le acompañaron a su vuelta a casa. Sería el inicio de una de sus grandes pasiones. Aunque